

¡Salve hermoso Planeta de los verdes y esmaltados campos, de los plateados rios y de los cerúleos mares! ¿Adónde, adónde diriges tu elipéncrico curso?

¿Adónde te acompaña ese coro magnífico de núcleos con sus órdenes varios de secundarios sistemas?

¿Adónde te sigue el amoroso satélite que guías como el Águila á su polluelo que á volar aprende, ó como el centro rige á sus galantes curvas?

Mas ya descubro del enorme Júpiter la masa, con sus cuatro bellos satélites, y al viejo Saturno que ha perdido parte de sus anillos, y al que solo el exterior le resta sin desplomarse. ¡Todos esos núcleos se hallan de tí ya mas cercanos!

¡Sí, bello Planeta, que en el diáfano espacio infatigable ruedas en bizarra espiral lenta y sublime, y en armoniosas curvas, concordes con las de todo el resto de tus hermanos núcleos!

¡Es hácia el sol donde con ellos lento te diriges, como el héroe glorioso que esquiva la apoteosis, ó como aquel que antes de terminar sus útiles fatigas procura hacer aun mas brillante su final destino!

Tierra, ¡oh tierra, eres tú! ¡Yo te saludo!

Si, ya percibo de tus bellos continentes y tus islas los graciosos contornos. Ellos han cambiado en sus detalles; ellos están situados de otro modo con respecto á tu ecuador y tu eje, y así presentan menores resistencias á tu diurno y ánuo movimiento.

En verdad que las constantes perturbaciones que sufrieras han venido á fijarte nuevos polos, y á hacer que tus continentes se sitúen como la aurea y luminosa corona de tus mares, ó como la banda prominente que tiene al Africa en el polo ártico, cuando el antártico se fija en el grande y polinesio Océano.

Me acerco aun mas á tí, bello Planeta; quiero ver los restos de los hombres; quiero indagar si aun en tí viven, ó si yacen entumbados en fosíleos restos y su especie ha sido extinta.

¿Dónde, adónde están los antiguos etiopes con su lustrosa piel como el ébano, negra? Adónde del Albion los hijos con su ebúrneo color y con su rubio pelo? ¿Y adónde tantas variedades de la humana raza, que hicieron en tiempos de conflicto el orgullo de algunos y el oprobio de tantos?

CAPITULO XIII.

EL REMOTO PORVENIR.

¡Desaparecieron ya las diferencias! Una raza compacta, bella, portentosa, puebla tu suelo, cruza tus mares, y se eleva gloriosa entre tus nubes. ¡El hombre tambien ha mejorado en su talla y sus formas!

Su color es suave, rosado y armonioso.

Sus ojos vivos y lucientes.

Su pelo en trenzas y bucles de ébano contrasta en sus brillantes luces con el dulce y bello mate de su tersa cutis, agraciada con tintes cambiantes de frescura y suavidad.

Sus miembros vigorosos desafían la fatiga.

Y esbelto es, y bello, y grato el movimiento de su marcha, y noble, y calmo, y firme.

Ya no existen, oh tierra, tus lóbregos barrancos.

Ni tus áridos desiertos de flotante arena.

Ni tus ásperos é intransitables precipicios.

El hombre ha sugetado ya la furia de tus mares.

Ha regularizado el curso de tus rios y ha canalizado tus lagos.

Por todas partes hay la huella humana, y ella es solo la del héroe.

Del salvaje no encuentro ya vestigio alguno.

Los caminos que miro, fáciles, seguros y prolongados, están cruzados por prodigiosas máquinas que se deslizan suavemente, ya al traves de continentes, ya ligando las islas por los anchos mares, ó ya en fin, visitando, oh tierra, tus entrañas en luengos subterráneos.

Y el hombre goza al atravesar tus ferradas vias con el dulce y suave movimiento como el infante que se mece en la cuna, ó como el ave que cruza los aires en dia tranquilo, diáfano, luminoso y sereno.

Ni el mas leve temor, ni el peligro mas leve existen ya en esas vias de antiguas y tradicionales catástrofes.

¡El hombre anonada las distancias, del rayo con la fuerza y la presteza!

Tú, Planeta, eres su casa, su mansion divina; y todos tus distintos pobladores son tan solo ya hermanos.

¡Oh tierra encantadora! ¡Oh dulces pobladores! ¡O eden por sus manos adornado! ¡Los bellos dias de la humanidad llegaron; y el placer, y la virtud y la inocencia se unen á la sabiduría, y el poder con la bondad se aduna!

Palacios sorprendentes son las habitaciones todas. Concluyeron aquellas deseadas construcciones en que el hombre fijaba á la tierra sus nidos con cal y arena, y con rocas fabricados y cubiertos de frágiles y corruptibles maderas.

Concluyeron aquellas tremendas conflagraciones en que una sola chispa solia consumir ciudades enteras. Los inmensos edificios que miro son á prueba de fuego, de agua y terremotos. Las piezas de que se componen constan de materiales refractarios á la vez que elásticos, incorruptibles y ligeros. Fuertes tornillos reunen sus juntas y armamento, y brillantes y tersas superficies presentan los prodigios de las artes y de las formas bajo del cristal de los barnices, ó los brillos del oro y deslumbrantes esmaltes.

¡Oh mansiones sublimes! ¡Ellas depasan con la realidad cuanto la imaginacion ideaba en otro tiempo! El lujo, la riqueza, el buen gusto refinado no insultan, no, á la oprobiosa miseria. La miseria, la desigualdad, tiempo ha que ya no existen. Todos los hombres viven con iguales comodidades, con delicias iguales, y la paz y la felicidad habitan sus brillantes mansiones.

Las poblaciones se ligan unas con otras, sin hallarse campos despoblados ni tampoco ciudades apiñadas.

Las vías de comunicación son deliciosos jardines, y los árboles de las calzadas y los bosques frutales, y sus maravillosos frutos pertenecen á todos.

Las sementeras son lugares de placer y de recreo. ¡Cuánto, cuánto gozo hay en esos campos admirables!

La naturaleza entera parece secundar amorosamente los objetos que el hombre se propone, y dócil, y complaciente, rinde todos sus tesoros á la ciencia.

Rientes campiñas, mansiones deliciosas y bosquesillos cortados por el serpenteado curso de arroyuelos diáfanos y puros, brotados por artificiales fuentes, son los sitios encantadores que por todas partes presentan, ¡oh tierra! y en ellos se revelan los signos de la felicidad y de los nobles placeres.

Observatorios astronómicos armados de instrumentos admirables de óptica con dimensiones medianas y perfectamente manejables, pero de una precisión y efecto prodigioso, hacen mirarse á los habitantes de los diferentes planetas del solar sistema, que se comunican por medio de telegráficas señales con tus felices habitantes, ¡oh tierra portentosa!

¡Cuán varias formas! ¡Cuán grandes inteligencias ha conocido ya el hombre! ¡Cuán grande se avergüenza de su anterior barbarie y tiranía! ¡Cuán deplorable las máquinas funestas de guerra que dedicaba con la brutalidad salvaje en los antiguos tiempos, tan solo al esterminio de sus obras y hermanos!

El ahora mira esos enormes globos planetarios, que la serie de los siglos va acercando del sol á la estensa superficie, y en ellos observa costumbres más puras que las que la especie humana tener solía, y en todas partes, en todos los mundos reconoce los fines Providenciales de un sublime Criador, y á El se prosterna el espíritu educado, con las lecciones vivientes que le trasmite el Universo con la veracidad y la precisión del elemento fotogénico.

El hombre conoce ya de las estrellas el curso; observa el Paresolis, y mide su enorme eclipse biorbitaria con la lenta elipse que con él el sol en armonía describe. Así calcula el astrónomo estaciado los fenómenos del cósmico sistema, como en tiempos pasados calculaba de la luna la carrera, el ciclo los eclipses y las perturbaciones.

El armonioso conjunto de los variados movimientos estrellares no es ya desconocido. El hombre mira con placer inefable ese estupendo sistema en que todos los astros y todos sus parciales movimientos están relacionados, y ve del Paraíso final el centro prodigioso á donde todas las estrellas rutilantes se dirigen como al faro universal de la comitiva cósmica de faros.

¡Magníficas y hermosas luces que relacionais los mundos! ¡Vosotras preconiáis de una Providencial naturaleza los trabajos! ¡Cuán portentosos, cuán variados son los detalles de vuestras múltiples creaciones, tributando prodigios al Autor supremo de la creación universal, á quien todos los prodigios se deben!

¡Himno sublime de la naturaleza viviente, escrito con los festonados contornos de los astros! ¡El hombre ya ha aprendido á leerle, y traduce tu poema de amor y de armonía con el entusiasmo intuitivo de su anhelante pecho como el estímulo maravilloso que le enseña los útiles deberes de su Providencialidad, y corre de momento en momento á cumplir su destino sublime como el absorto amante del bien, que no quiere perder ni un instante de tan dulces é inofensivos placeres!

Si, la especie humana ha transformado la tierra en que vive en prodigioso paraíso, como el obrero que adorna su esplendente carro para reunirse en la fiesta universal de la naturaleza con dignidad y gloria.

Y allí, allí en el Paraíso final se reunirán todos los seres y los ornamentados mundos que van á construir el mundo imperturbable de la estupenda y eternal

creación bajo la dirección remuneradora del infinito Creador á que se deben, y que será en ese lugar de gloria y calma sempiterna reconocido y adorado por todos los seres inteligentes de los mundos extintos, para construir con su armonioso y final equilibrio la estabilidad absoluta del núcleo perdurable!

Pero no es solo en la astronómica ciencia en la que el hombre ha multiplicado sus observaciones y descubrimientos maravillosos. El conoce ya de los físicos fenómenos el conjunto sublime.

Si, reconoce la humanidad estaciada la unidad de la materia y forma primitiva, y del medio universal Armonio los múltiples oficios y sus idénticas esferas.

Los imponderables variados por la multiplicidad de los núcleos y sus posiciones recíprocas, están del hombre bajo la potente ciencia, y con ella transforma la fuerza en movimiento, y el movimiento en fuerza y armonía, y la armonía en salud y placer imperturbables.

La mecánica rinde sus inextinguibles recursos al géneo humano; ningún obstáculo, ninguna resistencia ni dificultad alguna puede oponerse á los designios de la ciencia. Todas las artes, todos los oficios se han refundido en uno solo: la mecánica. Ella es la creación del hombre, y su tributaria universal; y tú, ¡oh tierra! el apoyo de sus palancas prodigiosas, el foco inextinguible de sus eliósopos, caloríferos y electro-magnéticos aparatos, y el manantial de las fuerzas indefinidas de que dispone como tu Providente dueño.

Pero tú, Planeta, ganas en maravillas lo que le tributas de obediencia, y el hombre no cesa de embellecerte como al sublime taller, almacén y museo que con su ciencia adorna y glorifica.

¡Oh mundo! ¡oh ciencia! ¡oh esfuerzo Providencial de la humana estirpe! ¡Cuántos prodigios habeis realizado!

¡El hombre goza en los días la presencia del sol, y no pierde la vista de los astros, y en las noches multiplica sus eléctricas luces, aprovechando aun del sol los rayos eliósforos!

Y aun tus entrañas, ¡oh tierra! visita en indefinidas é iluminadas profundidades con bóvedas ininfiltrables, en cómodas y esplendentes galerías, contrastando su belleza con las rocas y minas ademadas que en otro tiempo el agua destruyera, y donde cada paso fuera un precipicio, un lóbrego sepulcro y una tormentosa y húmeda prisión que obstruía la luz á los ojos y la verdad á el alma.

¡Géneo humano que haces sub-serviente á tu Providencialidad el cielo y la tierra, y la atmósfera, y la mar, y los abismos! ¡Podías detenerte aquí al ejercitarte en tu maravilloso destino? ¡Pudieras suspender tus magníficos esfuerzos en los físicos prodigios!

¡Ah, no! En las nobles regiones de la ciencia biológica has obtenido iguales resultados. . . . Tú hallas la vida en todos los fenómenos, y aun en el mismo fenómeno de la muerte. La muerte es ya solo para tí una faz cambiante de la vida; y la humanidad ha sabido depurarte de todos los agentes deletéreos y de sus antiguos, destructores y bochornosos vicios, y el bienestar y la salud imperturbables son las dulces conquistas de su gloriosa ciencia, ¡La medicina ya no existe; la han reemplazado la moral y la higiene!

Ya no es el hombre aquella centina de miserias, ni aquel envilecido y sufriente foco de dolores, ni aquel asqueroso espectáculo de calamidades. El nace, crece y envejece sano, y cuando el necesario fin llega de su existencia, es rápido, dulce, calmo, y el solo tránsito sublime del ser Providencial que se trasporta á dar razón de sus gloriosos y benevolentes hechos á su Providencial origen.

Si, la biología en todas sus variadas ramificaciones es el dulce y más útil recurso del hombre como ciencia universal en física. El ha logrado no solo salvarse de

las enfermedades y dolencias, ha conseguido aun mas: reducir su impetuosa ansiedad hácia los placeres carnales á sus límites útiles y convenientes.

Pero la ciencia y Providencialidad humana no se han detenido á hacer solo al hombre feliz.

Las especies vivientes han recibido, asimismo, las benéficas modificaciones á que el génió las ha sometido, y aquellas que solo eran perniciosas cesaron ya de existir.

Si, ya veo esos dulces rebaños engalanados con floridas guirpaldas obedecer á la voz y á la llamada de los acordes de armoniosa trompa. Y tú, leal amigo del hombre, perro amoroso, inteligente y grato, conduces los tiernuzuelos corderillos con las caricias de tu suave y salutífera lengua, y ausilias á la madre que balando los llama.

Y hasta de sus armas de otro tiempo los ganados carecen; ya no se mira del potente toro la frente armada de los punzantes y robustos cuernos, que amenazante y feroz ostentaba un dia. Su fuerza ya no está doblegada bajo el yugo, ni la pica acrecenta su pena y su fatiga. La felicidad y la ignorancia de la muerte hacen sus dias plácidos y dulces, y siempre inofensivos.

Así el hombre ha difundido el bien en todos los seres de la tierra, y la felicidad se palpa en cuantas especies sensibles habitan este globo fortunado.

¿Pero sería posible la felicidad en el hombre sin que éste hubiese hecho iguales conquistas en las ciencias morales? No, sin duda. Mas la moral hoy se funda en la Providencialidad de la especie humana, reconocida y acatada universalmente por todos sus individuos. La moral no es ahora el freno tormentoso que sugetaba en los estrechos límites de artificiales deberes á los hombres. No es aquel lazo estrangulante y severo, aunque invisible é interno, que retenia al esclavo bajo del feroz látigo del dueño, y que reducía á la muerte de hambre y de miseria al infeliz proletario en medio de los campos cubiertos de sezonadas espigas.

No, la moral ya no es aquella fuerza arbitraria que sugetaba á la desventurada y débil muger en la mansion de su ultrajador tirano, y que la conducía á la hoguera como un holocausto de pesar cuando aquel cesaba de atormentarla al bajar á la tumba.

La Providencialidad ha descubierto al hombre la fácil y venturosa realización de su eminente destino. ¿Quién no comprende la ventaja de obrar lo conveniente? ¿Y lo conveniente de todos no es lo justo? ¡Oh, sí! Mas lo conveniente y lo justo obsequiados espontáneamente se convierten en el amor virtuoso, y la misericordia á su vez es el resultado de la generosidad del amor.

¡Si, hombres Providenciales! ¡Al adoptar y practicar las cuatro eminentes virtudes de la Conveniencia, la Justicia, el Amor y la Misericordia, pusisteis los fundamentos de la inmarcesible felicidad que disfrutais! Desde entonces tembló el delesnable cimiento de la desigualdad. La luz maravillosa de la verdad concentrada en su diamantino espejo, redujo á cenizas el edificio en que se entronizaban todas las tiranías que sugetaban al débil á una moral facticia que despreciaba y conculcaba el fuerte!

Y vosotros, hombres sencillos y de buena fé, ya no despedazais vuestras carnes con austeros tormentos. Vosotros habeis ya reconocido la bondad infinita que os ha hecho Providenciales y felices, y guiados por esta creencia salvadora, habeis descubierto y ejecutado lo conveniente, y con lo conveniente de todos habeis sido justos, amantes y misericordiosos!

Si, la moral humana ya no está sujeta á contradiccion ninguna de parte de la naturaleza espiritual del hombre. ¿Quién no piensa bien cuando la razon le convence de la misma verdad que posee?

Tampoco está sujeta á contradiccion ninguna de parte de su naturaleza fisica. ¿Quién no está contento de los preceptos que le hacen amar lo que le es conveniente y le hace feliz con la verdad misma que posee?

¡Divina virtud! ¡Tú, tú tambien te has identificado con la verdad; y con el noble ejemplo de los mas fuertes y bellos de los hombres, has hecho que todos ejerzan el amor y la misericordia, y que se amen profundamente el fuerte y el débil, y que aquel tenga su mayor placer en ser Providente para con el segundo, y éste goce del inmenso deleite de agradecer sin envidia ni celos los beneficios del primero!

Así es como la moralidad del hombre le ha conducido á los prodigiosos resultados de su sociabilidad.

¡Si, tiempo dichoso que intuitivamente toca y mira mi espíritu estaciado! ¡Si, humanidad feliz que te encaminas á una perfeccion maravillosa! ¡Si, mil y mil veces fortunada y resplandeciente época! En tí ya no hay pobres, ya no hay proletarios, ya no hay infelices. La igualdad es el dogma social de la especie humana. . . . Los niños que descansan en vecinas y floridas cunas, no miran sino iguales en los compañeros en sus infantiles juegos, y cuando acompañados de sus sabios y felices padres, dan vuelta al mundo con la celeridad de la aerostacion y visitan las cunas en que reposan los infantes antípodas, allí, allí tambien miran niños iguales, y la benevolente igualdad nutre sus ideas con la leche del materno pecho, así como con el pan delicioso del festin antipoda.

Y cuando las primeras impresiones de la ciencia se inculcan á los niños, cuando la educacion comienza á insinuarse en sus almas y cuerpos, ataviada con todas las delicias del placer y del grato entretenimiento, de nuevo son todos iguales. No se irritan, no, los celos del obtuso con los aplausos del agudo. No se castigan á unos deprimiendo sus facultades, ni se premian á otros escitando su orgullo.

La niñez aprende como máxima fundamental la igualdad absoluta de los hombres y su deber imprescriptible de trabajar. El trabajo ennoblecido así, es el único representante del poder y del saber, y el niño se acostumbra á mirar como el mas digno al mas constante en las horas de estudio, aunque no sea el mas agudo en los talentos naturales ó adquiridos.

De este modo el fuerte trabaja las mismas horas que el débil en la tarea comun, y ni aun siquiera calcula si su trabajo ha sido mas ó menos productivo. ¿No es el resultado de los colectivos esfuerzos, igualmente útil y conveniente á todos?

De la misma manera el niño de talento y de génió aprende y procura que aprendan sus iguales sin la necia vanidad de comparar su agudeza superior con los talentos inferiores de los otros. ¿No es asimismo comun la ciencia? ¿No son sus benéficos resultados el galardón así como la gloria de toda la humanidad?

Destruída en su origen la facticia pasion del orgullo, queda reducida á la nada la igualmente perniciosa pasion de la ira. Pronto, muy pronto el niño iracundo comprende que no es ya igual á los demas, y que por su propension degradante pasa á ser su inferior, y por lo tanto, que se hace indigno de vivir con la humanidad, la que lo conmina á la vida solitaria que le hace conocer y aborrecer su falta, y anhelar como el mayor bien el reivindicarse en sus derechos de igualdad con sus felices contemporáneos.

Así tú, dogma único y sublime de la igualdad, vienes á ser el germen glorioso de todos los benéficos estímulos de los hombres, y diriges sus virtuosas acciones desde la cuna hasta su florida y glorificada tumba!

En efecto: la igualdad como dogma fundamental de la humanidad, conquistado con miles de años de virtudes heroicas y gloriosos esfuerzos, no puede ya ser conculcada por la tiranía. La tiranía es imposible. . . . El talento, el génió, la vir-

tud sublime se han acostumbrado ya á no amar la gloria personal, sino á referirla á la humanidad toda. ¿Qué importa, pues, el nombre del inventor de una máquina célebre? ¿No se complacia él mismo en referirla á sus consocios? ¿No ha sido de facto el primer pensamiento discutido y mejorado por todos ellos, y la máquina ha venido á ser el resultado de multitud de esfuerzos combinados?

Inventores de otro tiempo ya pasado! ¿De qué os servian vuestros privilegios esclusivos? Vosotros sufríais los tormentos del génio encadenado, y la tiranía del capital era casi siempre la que venia á sacar fruto de vuestras concepciones y afanes. ¿Qué de miserias, qué de humillaciones devorábais en vuestro aislamiento, y cuán pronto conocíais que la pueril vanidad de oiros llamar inventores, se cambiaba en escarnio cuando la decepcion pecuniaria del écsito se desplomaba para sumergiros en el desaliento y hacer os libar el cáliz amargo del desengaño!

Ahora el génio está seguro de encontrar colaboradores; los esfuerzos comunes fomentan el pensamiento primitivo de una útil mejora, y la humanidad en masa es la que gana. Asegurados los goces de todos con el trabajo de todos, son el comun de los hombres el que auxilia al génio, y éste el que inspira los grandes proyectos á la humanidad que los perfecciona y ejecuta.

Así es como el niño aprende á ser modesto y desinteresado desde que logra el sobresalir en sus estudios. Los pensamientos grandes del jóven lo recomiendan en la sociedad para darle la ocupacion adecuada que lo honra con el empleo de sus facultades en beneficio comun, sin que sus goces sean distintos de los de sus asociados. ¿No son todos iguales en la felicidad?

¡Oh, sí! ¡La felicidad del género humano es el mayor galardón del génio, y las virtudes Providenciales ejercidas por él en el grado mas eminente son su peculiar premio! ¡Oh fuerza, oh belleza de la Conveniencia, de la Justicia, del Amor y de la Misericordia! ¡Virtudes sublimes, vosotras endulzáis las acciones humanas, y sois al mismo tiempo el germen, el estímulo y el galardón de los grandes hechos! ¡Amparado el génio con vuestro poderoso influjo, no hay miedo, no, de que se perverta ni amortigüe!

La educacion, la mejora de la raza humana, y la trasmision de los talentos sostenidos por la comun beneficencia, han elevado el génio de la humanidad haciendo poco influente el del individuo.

Las individualidades se han solidarizado, y la especie humana ha venido á ser ya un elemento absoluto de felicidad por la igualdad de sus partes componentes!

¡Oh felicidad, oh solidaridad tantas veces, tantos siglos esperadas! ¡Cuánto, cuánto habeis simplificado la moral práctica y social del género humano!

Los campos, los jardines ya no tienen cercas ni vayados. ¿No son de todos sus deliciosos frutos? ¿No trabajan todos por sembrarlos, cultivarlos y obtenerlos? ¿No respetan todos el tiempo necesario para que los frutos maduren, y no aman todos el espectáculo siempre admirable y siempre caro de los ramilletes naturales á que damos el nombre de plantas?

¡Oh tierra, oh tierra deliciosa! ¡Tú tienes recursos admirables para todas las edades! En la primavera tus flores portentosas invitan á la festividad de los niños. Ellos parecen las brillantes y esmaltadas mariposas que completan y embellecen tus engalanados jardines.

En el estío tus doradas espigas vienen á coronar rizadas y ardientes cabelleras en la fiesta de la juventud. El sol brilla en tu luciente superficie, ataviada con el regocijo de los placeres y actividad de los jóvenes.

En el otoño la riqueza y variedad de tus frutos llama con la opulencia de tus invitaciones á la festividad de los adultos. Ellos tambien producen los maravillosos frutos de las artes y ciencias.

En el invierno todos se reúnen al rededor del delicioso hogar calmo y brillante de felicidad, á disfrutar el divino placer de escuchar á sus padres en la fiesta mil y mil veces cara y dulce de los ancianos. Aun allí, ¡oh tierra! tus frutos conservados y no menos deliciosos, renuevan el pávulo de los inocentes placeres.

Y por último, en el día del solsticio, cuando la luz solar llega á su mínimum, apareces ¡oh tierra! iluminada con la fiesta de las vírgenes. El pudor, el divino pudor se intimida con las investigadoras miradas del día vernal, las ardientes impresiones del estío y las embriagantes delicias del otoño; y sin embargo, las maravillosas criaturas que poseen el pudor son las antorchas que alumbran en los dulces y oscuros días del invierno los retretes mas caros y misteriosos de la felicidad. Allí tambien tú, tierra encantadora, proporcionas las sacarinas cápsulas llenas de esencias ó de néctar que ruborosas ofrecen en cajas de oro las vírgineas manos.

¡Pero qué digo de fiestas especiales, si la tierra entera parece engalanada para celebrar la perpetua festividad de la humana ventura? Esos trenes que cruzan en mil direcciones las líneas conductoras. Esos balones de variadas figuras y de los mas brillantes colores que pueblan los aires. Ese espectáculo florido y de ostentosa profusion de galas por los días. Esas noches en que brillantes soles eléctricos difunden en mil variados colores vistosas iluminaciones ó detonantes luces apenas inferiores á la radiante luz solar. Esa música admirable que hace vibrar el corazon en bailes y conciertos, en la tierra, en el aire y aun en los estensos mares. Esa inmensa cantidad de buques impelidos por agentes poderosos y ornamentados con dorados frisos en los canales y rios. Esas ciudades flotantes que cruzan los mares con su marcha impasible y magestuosa, cual destinados á continuar festines de la tierra. Esos, en fin, mil veces variados y esplendentes vehiculos en que el hombre es conducido. Y entre tantos objetos de la locomocion humana, así como entre tantas delicias de sus estáticos prodigios, solo se encuentran rostros placenteros, como si celebrasen la prolongada y no interrumpida fiesta de la humanidad Providencial.

Niños, jóvenes, adultos y ancianos, todos, todos tienen la dulce sonrisa de la inocencia y de la felicidad. La inocencia de la humanidad no es ya la ignorancia; es sí la carencia del crimen, la carencia del dolor, la carencia del vicio.

Así tambien la felicidad es la posesion de la verdad en la continua fiesta del género humano, protegido por Dios y obedecido por la naturaleza.

¡Pero tantos prodigios, tantos goces, tantas complacencias á qué se deben? ¿A quién es indispensable reconocer la inalterable festividad de la humana especie? A tí, santa igualdad, sagrado dogma, de la Providencialidad del hombre fundamental precepto. A tí, principio único y fecundo de la perennal bienaventuranza en el Planeta.

Tú, igualdad divina, por quien suspiraba en los días de su abyeccion el humilde. Tú, á quien detestaba el soberbio. Tú, que has sido por tantos siglos combatida, tú eres á un tiempo la panacea de las sociales dolencias y germen fecundo de todos los humanos deleites.

¡Igualdad, igualdad dulce y sublime! Tú has enjugado los llantos del iracundo niño. La ira ya no se mezcla en sus festivos juegos. ¿Contra quién seria irasible quien solo mira iguales?

Tú has desterrado la presuncion de los jóvenes.

Tú has domado el orgullo de los adultos.

Tú has hecho inútil la ambicion de los hombres.

Tú has nulificado la avaricia de los ancianos.

Tú has quitado á los unos el desprecio por los otros, y á éstos la envidia por aquellos.

Por tí, divina igualdad, ya no hay antipatías, ya no hay odios, ya no hay crímenes, ya no hay venganzas, ya no hay vicios.

El trabajo moderado de todos es el alivio de todos, y el placer y provecho de todos.

¿Quién está esento de trabajar? Únicamente el desgraciado, y la desgracia solo es el remoto y raro caso de accidente inevitable.

También está esento de trabajar el niño cuando sus fuerzas aun no lo permiten; pero antes que éstas se desarrollen para el trabajo corporal, su inteligencia se educa y desarrolla.

Tampoco trabaja el anciano cuando las fuerzas comienzan á abandonarles; pero su inteligencia subsiste poderosa, y ella lo hace aun mas útil é influente en la sociedad que por él reconocida trabaja.

Así la propiedad es general. ¿Cómo puede haber cercados ni balladares cuando la igualdad se equilibra y sostiene en el trabajo, y cuando todos tienen igual derecho de cultivar el Planeta?

Tampoco hay constituciones ni estatutos. ¿Qué necesidad tiene la igualdad de los hombres de leyes arbitrarias y opresoras, dictadas por algunos para sujuzar y seducir á todos?

Ni hay códigos, ni jueces, porque no hay criminales. La igualdad ha hecho imposibles los grandes delitos. ¿Qué estímulo pudiera ninguno tener para cometerlos? Así es que los crímenes solo son y se pueden considerar como resultados de la demencia, y los delinquentes son tratados como locos.—Pero los locos son muy raros, porque la felicidad y la igualdad de los hombres evita los casos de alienacion mental.

¿Costumbres puras, armonía admirable, tiempo de felicidad, de amor y de gloria! Ya percibo de tu orden prodigioso los complicados resortes que obedecen suavemente á su feliz y fácil conjunto!

Los hombres viven y se unen bajo del amor Providencial. Este mútuo y virtuoso amor es la gloria de la naturaleza humana. Libre de abusos y libre de desórdenes es el paladion de la libertad.

Mas la libertad es apenas mencionada. ¿Cómo pudieran dejar de ser libres los hombres una vez establecida la absoluta igualdad como base universal de la especie humana?

La locomocion y la telegrafía facilitadas al extremo mas absoluto, hacen que la tierra entera sea el vecindario de la ciudad comun: el Planeta, ornamentado con las mas deliciosas mansiones. Así pues, aun los antípodas son vecinos.

Las mansiones son portátiles, pero rara vez se aprovecha su movilidad. ¿Quién querría mudar de residencia permanentemente cuando ama todo lo que le rodea, y lo que le rodea es el mundo?

Esas mansiones se hallan situadas entre deliciosos jardines, y en sus brillantes y lujosas habitaciones se respira el salufifero y perfumado ambiente de las flores, las que ornamentan todos los climas y todas las estaciones, aunque en las grandes latitudes se encierran bajo magnificas bóvedas de cristal en suntuosos invernáculos.

Las mansiones, variadas al extremo en sus formas y detalles, tienen el genérico nombre de núcleos sociales.

Los núcleos sociales, á imitacion de los celestes, pueden tener los síntomas y organizaciones mas complicados, sin que esto perjudique en lo mas leve ni su armonía, ni la belleza y regularidad de sus movimientos, concordes todos con el movimiento universal y peregrino de la humanidad.

La verdad fundamental en que descansa todo el hermoso sistema de la Providencialidad social, es el anonadamiento de las individualidades para elevarse á su

debida importancia la humanidad toda, representada por el trabajo de sus individuos.

Así es que considerada como un elemento armonioso, tiene en sí todas las individualidades que obran como las fuerzas vivientes del complicado aunque bello sistema del trabajo.

El trabajo está subdivido en tantos géneros cuantos son necesarios para el completo desarrollo de las condiciones de produccion, preparacion y fabricacion de los materiales que originan los diferentes objetos útiles á la humanidad.

Los géneros ó sistemas diversos del trabajo forman asociaciones bastísimas, y éstas se subdividen en núcleos sociales, los que á su vez se subdividen en las individualidades, es decir, en los hombres dedicados á un mismo género ó sistema de trabajo.

Así es que las hermosas mansiones en que viven los individuos de cada núcleo social, son las variadas y prodigiosas habitaciones que tengo indicadas, donde se hallan reunidos tantos individuos de una misma ó análoga profesion cuantos son convenientes higiénicamente hablando.

Pero como hay géneros de trabajo que requieren la armonía de complicadísimos sistemas para la produccion, preparacion y fabricacion de los objetos útiles, hay núcleos diseminados en toda la superficie de la tierra, y aun á veces flotantes sobre los canales y mares, utilizados por personas que pertenecen á los diversos géneros de trabajo, empleadas en la concentracion ó distribucion de los productos.

De este modo se relacionan entre sí las labores pertenecientes á un núcleo, y los núcleos á sus respectivos sistemas, dividiéndose el trabajo cuanto conviene para utilizar del mejor modo posible los elementos de cada sistema.

Necesariamente los individuos de un núcleo están garantizados socialmente en los casos de accidente, enfermedad ó vejez.

Del mismo modo los núcleos de un sistema están garantizados por éste en la satisfacion de todas las necesidades y comodidades de sus individuos.

Mas los sistemas todos del trabajo están garantizados por la humanidad, la que equilibra las comodidades de todos los hombres, recompensándolos con igualdad de goces por la igualdad del tiempo que todos dedican al trabajo útil y productivo.

He aquí cómo la igualdad, cual verdad fundamental de la especie humana, encierra en sí todo el orden y armonía que ésta necesita para la felicidad.

¿Tiempos infelices en que los hombres trabajadores estaban sojuzgados y humillados por los ociosos y explotadores del trabajo; pasásteis ya para dejar en lugar del caos y del desorden de la desigualdad la poderosa armonía de la felicidad en la igualdad humana! ¡Gloria al trabajo, gloria á la ciencia, gloria á la Providencialidad, que han realizado el destino sublime de la humanidad sobre la tierra!

Mas si el trabajo, la ciencia y la Providencialidad del hombre han conducido á la humanidad á la inmensa altura en que se halla de felicidad y de poder, solo ha logrado estos sublimes prodigios simplificando sus sociedades, moralizando sus costumbres, dulcificando sus goces, y retornando á la simplicidad é igualdad primitiva con todas las conquistas que ha logrado del bien en la lengua série de los siglos.

¿Pero diremos por esto que la igualdad absoluta de todos los hombres ecsiste? —X si ecsistiera, en qué emplearian sus virtudes y Providencialidad?

Los hombres, con el grado de perfeccion á que han llegado, tienen menos diferencias entre sí que en los tiempos pasados. La fuerza, la belleza y la inteli-

gencia son ahora en ellos mas semejantes; pero la igualdad absoluta es imposible en las organizaciones complicadas como la del hombre, y he aquí lo grandioso y sublime de la Providencialidad humana, que ha sabido equilibrar esas pequeñas diferencias con las virtudes recíprocas de los hombres.

¡Oh sí; yo veo esos dulces y benevolentes niños ansiar con todo el fervor del entusiasmo el sobresalir en sus estudios, no para humillar á los menos aptos, sino para auxiliarlos en sus intelectuales tareas!

Tambien los miro lanzarse á los ejercicios gimnásticos, para poder un dia ser útiles con sus físicos esfuerzos á sus semejantes. ¡Qué gloria, qué placer es para cualquiera de ellos el salvar de las profundas ondas al que accidental fatiga ha sumergido en el baño!

Asimismo percibo esos hombres llenos de fuerza, de vigor y de inteligencia, lanzarse á los trabajos mas duros sin especial recompensa, por ceder á los menos fuertes otros trabajos mas suaves y mas al alcance de su poder relativo.

Así es como en las profesiones hay el placer, mas no el honor ni el derecho de ejercer las mas difíciles.

Los niños al concluir sus estudios y elegir la profesion de su vida, se presentan á ecsámen en la festividad de la Primavera, y se les aplica á los diferentes trabajos segun sus aptitudes, advirtiéndose á los mas ecsaltados en la colocacion social, que ésta no les quita el carácter de iguales, ni les da especiales derechos, sino mas bien que siendo mas aptos para ejercer la Providencialidad, ésta les sugeta á especiales deberes de proteccion y abnegacion hácia sus semejantes.

En la juventud, en la fiesta del estío, se previene á los jóvenes el deber de equilibrar los esfuerzos mútuos, ejerciendo desinteresada y desapercibidamente las virtudes necesarias para elevarse en la sociedad humana, sin hacer mérito de las ventajas individuales para una aspiracion personal, porque ésta haria inmediatamente al que la tuviese inferior á los otros.

En el otoño, en la fiesta de los adultos, se presentan los proyectos de las mejoras físicas, mecánicas ó científicas, que se hayan proyectado en los peculiares núcleos, y se consiguan al ecsámen general de los diversos sistemas del trabajo á que pertenecen, y que cuando son útiles sancionan su ejecucion.

Pero cuando esos proyectos son de utilidad universal, se presentan en el invierno, en la festividad de los ancianos, quienes deciden la ejecucion de los trabajos en que se interesa toda la humanidad.

En el otoño se leen con gloriosa emocion de júbilo y respeto, los nombres de los adultos que han tocado la ancianidad, en que deben dejar el corporal trabajo y pasar al goce del retiro y de las ocupaciones intelectualmente directivas de la sociedad. Entonces es cuando el hombre sufre su segundo ecsámen, y es llamado el anciano á ejercer aquellas nobles ocupaciones á que lo consiguan su aptitud y virtudes.

En el invierno, en la fiesta de los ancianos, se leen con reverente respeto los nombres de los centenarios que se consiguan á la apoteosis viviente. Ellos quedan escentos de todo deber, de todo trabajo, de toda liga socialmente individual. Su edad avanzada los consigna á las atenciones humanas, y sea cual fuere su decrepitud, ellos son mirados como seres divinos en quienes se representan los hechos Providenciales de sus floridos años.

Así es como la parte directiva de la sociedad está encomendada á los proyectos de los jóvenes y adultos y á la sancion de los ancianos.—La telegrafía hace fácil este método en la humanidad en masa.

Despojado el hombre de sus facticias pasiones, no tiene ya reticencias, no

tiene antipatias para ejecutar el bien.—La policia es inútil cuando todos la ejercen sobre sí mismos.

Las faltas graves son calificadas de locura, porque en el absoluto bienestar de la humanidad, solo el loco puede ser criminal, y así el delincuente es tratado como loco.

Las faltas leves las castigan los núcleos mismos en sus asociados. Las tendencias hácia las pasiones tiránicas se castigan con el confinamiento solitario. El que ataca la sociedad se hace indigno de ella.

Pero la tiranía es imposible, pues no hay autoridad recíproca, y la autoridad de los ancianos solo es la sancional de los proyectos y mejoras elevados por los jóvenes y adultos, discurridos por ellos mismos ó inspirados por los ancianos.

¡Dulce, dulce y beatífico eden, mansion del orden y de la felicidad! ¡Yo estasio mi alma regocijada en tu contemplacion! ¡Yo percibo el deleite de la bienaventuranza al meditar! Y cuando vuelvo mis tristes y patéticas miradas á los calamitosos tiempos de la desigualdad, no puedo menos de preguntarme con ansiedad dolorosa: ¿cómo era posible que los hombres prefiriesen el aislamiento y debilidad de las roedoras pasiones facticias, á la pureza y felicidad de la igualdad natural en la asociacion?

¡Salve, mil veces salve tú, humanidad gloriosa, que has sabido depurarte de todas tus deficiencias, y elevarte espléndida, sublime y Providencial en el maravilloso Planeta que habitas. . . . !

De este modo ha vuelto el hombre, segun la significativa parábola, hácia la dulce mansion de su infancia: la cuna del género humano, y percibe la bendicion de su Padre celestial en el logro dulce y beatífico de todas sus Providenciales empresas.

Al retornar á la mansion paterna, la humanidad conduce sus portentosas riquezas consigo: ¡las riquezas de su virtud y ciencia!

Pero ademas, conduce tambien el mayor de sus tesoros, el inmenso bien con que el benevolente Criador ha querido facilitar su felicidad.

¡Hablo de tí, dulce y bello seco, de la estirpe del hombre mitad la mas amable!

¡Hablo de tí, muger maravillosa, que aun en los dias de llanto, de pena y de infortunio, eras el prodigioso consuelo de la humanidad doliente!

¡Hablo de tí, tierno y encantador conjunto de las delicias mas caras de la humanidad!

¡Hablo, seco hermoso, de tí, y trémulo de emocion y respeto te saludo!

¡Mas, oh pobre pluma mia! ¡Oh palabras lánguidas que mi balbuciente lábio tímido articula! ¡Y, oh tú mi triste pincel, cuyo débil colorido encuentro ahora tan opaco y deficiente! ¿Cómo podré servirme de vosotros cuando mi intuitiva mirada os encuentra tan inferiores para espresar las emociones de mi entusiasmado espíritu?

¡Pero tú, seco grato, tú perdonarás mi modesta y reducida ofrenda; y ya que no puedo coronarte con guirnaldas sublimes de esplendentes flores, recibe al menos mi humilde ramillete, en que lucen en primer término las tímidas violetas!

¡Oh mugeres prodigiosas, cuántos hechizos habeis reunido en el conjunto admirable que os constituye! ¡La hermosura, la portentosa hermosura es vuestra comun realidad! ¡Forma y color y hechizos seductores son en vosotras ya las esplendentes galas con que la naturaleza pródiga os adorna!

La salud y el vigor os dan la radiante belleza de la vénus ática, y la virtud y el pudor os envuelven en el misterioso lino de la vestal velada.

Cuando marchais, parece deslizarse la aérea vision de transparentes y nitidos celajes, y cuando reposais formais los grupos de beatíficos encantos.

¡Cuánto, cuánto ha engrandecido vuestro dulce prestigio la reunion divina de vuestros hechizos naturales y de vuestras virtudes!

Vosotras conociais, aun en los tiempos de vuestra esclavitud y llanto, el maravilloso poder del virgíneo pudor; pero este caro bien de vuestras dulces almas, os lo arrancaba el dueño opresor que tiránico os avasallaba.

Mas ahora, si sois niñas, el pudor da el tinte de vuestras sonrosadas mejillas. Si sois jóvenes, el pudor os adorna con el divino velo de vuestras mismas gracias. Si sois núbiles, el celestial pudor es vuestro realce y dote. Si sois madres, vuestro fiel pudor aun permanece virgen; y en fin, aun en las gradas descendentes de vuestra dulce vida, es el pudor y el vigor de las virtudes el que os apoya con su invencible fuerza.

¡Tiempos ya pasados en que la muger aislada y miserable tenia que vender sus gracias, contrastando y al fin despreciando el pudor con que la misma naturaleza la dotara cual de un poderoso y salvador instinto! ¡Tiempos de infamia y baldon para la muger virtuosa, vosotros érais el mayor oprobio de la humana historia, y no se vuelven los ojos á vuestra despreciable crónica sin hallar los tristes y melancólicos siglos en que la sociedad era una plaga de dolencias infames, y la muger un sér vendible y susceptible de convertirse en el conjunto mas asqueroso de podredumbre y vicios!

¡Pasásteis, sí, oh tiempos de llanto y de ignominia para los séres débiles y abyectos, y de opresion y duelo para la muger dulce y sensible! ¡La Providencialidad humana ha vindicado los derechos de la muger, de ese sér Providencial por excelencia, y en su corazon suave y afectuoso ha elevado el trono de las mas tiernas virtudes!

La muger se ha emancipado de su antigua debilidad y servidumbre. Ella es la consócia del núcleo en que nace, y desde la cuna tiene los mismos derechos que los infantes varones.

Y en la vejez, cuando las gracias naturales se marchitan, la muger ejerce aun la Providencialidad y el encanto de su seco. ¡Dulce, dulce y delicioso es para el tierno infante el reposar su rizada cabeza en el seno de la cara abuela, y recoger los besos amorosos de la afectuosa centenaria que parece ya no vivir sino en el amor de sus admirables descendientes!

¡Oh seco, oh seco maravilloso que infundes interés en la cuna, amor en la juventud y respeto en la vejez; tú pareces reasumir todos los sentimientos dulces y caros del hombre, y éste te dirige sus ardientes y plácidas miradas tambien desde la cuna, en que antes que nadie tú recibes su primera sonrisa, hasta el lecho de muerte en que despues que nadie cierras tú los párpados de sus apagados ojos!

¡Oh, cuán bien sentia el corazon del hombre las escigencias de sus nobles instintos! ¡Pudor y amor buscaba para rendirles el mas profundo amor y respeto, y sin embargo, el vicio, el venenoso vicio solo anhelaba el amor para ultrajarlo y el pudor para envilecerlo y destruirlo!

¡Y tú, triste y oprimida muger de los pasados tiempos! ¡Cuántos dolores sufrías hasta hundirte en el vicio, y cuántos hacías sufrir una vez envidiada! ¡En tí sembraba el hombre una amarga semilla de oprobio y de miseria, y recogía á su vez la funesta y venenosa cosecha de sus crímenes, germinada en tu débil y corrompido seno!

Mas ahora el pudor libre é independiente es el eterno paladion del seco delicado, y el hombre ha reconocido al fin que solo puede tener el deleite de la felici-

dad, ¡el deleite supremo en la tierra! cuando el amor y el respeto obtienen los favores virtuosos del pudor y el amor inseparables de la esposa digna.

Sí, el hombre ha hecho conquistas Providenciales de bien en todos los resortes de su felicidad. El amor secual ya no es aquel frenesí de angustias y de celos que absorvia sus momentos y potencias. La ciencia ha sabido desarmar á sus apetitos de la continua y viciosa urgencia de otro tiempo, y ahora el placer se aduna á la razon para dar dias de gloria al pudor y al amor resplandecientes de libertad y de prudencia.

En esos núcleos sociales, en esas mansiones deliciosas en que el hombre ha sabido formarse los dulces retretes del perennal eden que constituye este Planeta, los secos diversos tienen habitaciones separadas. Mucho, mucho se cuida de conservar la inocencia de los niños y de no despertar los apetitos dañosos en la juventud.

Las jóvenes permanecen en sus estudios y utilitarias labores hasta la edad en que el desarrollo de sus formas y fuerzas es completo. Entonces concurren como protagonistas en la deliciosa fiesta de las vírgenes, y ellas son presentadas en la sociedad que las aclama núbiles.

¡Oh fiesta prodigiosa, de amor y de deleite precursora férvida! Yo miro tus esplendentes espectáculos, y el éstasis del placer dulce y honroso que se difunde en la humanidad entusiasmada.

Los diversos núcleos de un mismo sistema de trabajo envían á su central agencia sus vírgenes núbiles y los jóvenes púberes que han obtenido con la edad y el premio de las virtudes el derecho de asistir á tan brillante festividad, la que dura tres dias.

En el primero las vírgenes presentan sus delicadas obras premiadas desde su infancia y en toda la época de su educacion, y ejecutan varios ejercicios del provechoso saber que han aprendido.

En el segundo dia se dedican á manifestar y gozar sus habilidades en las artes liberales y bellas, y en la noche se ejercitan en el baile. ¡Baile de ninfas, sin que en él los hombres tomen parte!

El tercer dia es la fiesta religiosa de las vírgenes, y en ella la voz conmovida del decano del respectivo núcleo, recita la historia Providencial de cada una de ellas. ¡Cuántas acciones admirables, cuánto amor filial, fraternal y humanitario; cuánta ternura y bondad revelan esas dulces historias de las tímidas doncellas! ¡Y cuánta sencillez en sus detalles de pureza y virtud irreprochables! ¡Allí, allí se encuentra el verdadero interés de las almas virtuosas en los encantadores cuadros llenos de gracia y pureza en su relato! ¡Allí, vírgenes divinas, gozáis del premio de vuestras virtudes; allí elevais el trono glorioso de la moral; allí santificais el pudor, y allí despertais el amor en los generosos y Providenciales corazones de los jóvenes concurrentes que os admiran! Vosotras presenciáis veladas esa lectura deliciosa, y cuando llegais á adorar á Dios dándole gracias porque os ha fortalecido en la bondad y la pureza, se humedecen vuestros ojos con las bellas lágrimas del religioso reconocimiento, y vuestras dulces y vibrantes voces entonan el himno grandioso y sublime de la Providencialidad virgínea!

¡Oh mundo, oh mundo convertido en paraiso y ornamentado con las gracias y virtudes de los séres hermosos cuya festividad presencias; cuán nobles, cuán profundas, cuán virtuosas emociones dejais en los corazones de los jóvenes! Ellos toman sus tarjetas de marfil é inscriben sus nombres al calce de los nombres queridos que pretenden en consorcio, y los entregan ante la remuneradora junta de los ancianos. Estos arreglan las peticiones, simplifican las que son múltiples